

# APROXIMACIONES AL AISLAMIENTO SOCIAL Y EL DISTANCIAMIENTO CORPORAL DE LAS VEJECES FEMENINAS EN CUARENTENA

MATÍAS PIETRONAVE\*

\* Estudiante en la Licenciatura en Antropología Social de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.  
Correo electrónico: [matipietronave@gmail.com](mailto:matipietronave@gmail.com)

Fecha de recepción: 13/04/2021. Fecha de aceptación: 24/06/2021.

**Resumen:** Este artículo se propone abordar la producción del mundo social en el contexto de pandemia desde la perspectiva de un grupo de mujeres que residen en una institución geriátrica de la ciudad de Azul, en la provincia de Buenos Aires. Partimos de la necesidad de desnaturalizar la experiencia de la vejez con los conceptos de “vejeces” y “vejez diferencial”. Asimismo, nos proponemos problematizar las tensiones que derivan de la paradoja según la cual el cuidado físico-fisiológico de las personas mayores implica una ruptura con los entornos sociales previos. Teniendo en cuenta ello analizamos las distintas formas en que un grupo de mujeres viven y se representan las medidas sanitarias de aislamiento social y distanciamiento corporal. Finalmente, utilizaremos el concepto de “espacio transicional” para describir la producción de un espacio simbólico donde se recrean las relaciones sociales y se comparten momentos de intimidad sin romper las restricciones que la institución implementó.

*Palabras clave:* vejez diferencial, aislamiento social y emocional, espacio transicional.

**Abstract:** This article aims to address the production production of the social world in the context of a pandemic from the perspective of a group of women who reside in a geriatric institution in the city of Azul, in the province of Buenos Aires. We start from the need to denaturalise the experience of old age with the concepts of “old ages” and “differential old age”. Likewise, we propose to problematise the tensions that derive from the paradox according to which the physical-physiological care of the older adults implies a separation from previous social environments. With this in mind, we analyse the different ways in which a group of women inhabit spaces since the beginning of quarantine. Finally, we will use the concept of “transitional space” to describe the production of a symbolic space where

social relations are recreated and moments of intimacy are shared without breaking the restrictions that the institution implemented.

*Keywords:* differential old age, social and emotional isolation, transitional space.

## Introducción

Boaventura de Sousa Santos señala la complejidad del desafío que la pandemia le presenta a las ciencias sociales:

La pandemia otorga una libertad caótica a la realidad y cualquier intento de aprisionarla analíticamente está condenado al fracaso, ya que la realidad va siempre por delante de lo que pensamos o sentimos sobre ella. Teorizar o escribir sobre ella es poner nuestras categorías y nuestros lenguajes al borde del abismo. (2020:38)

Las transformaciones que se producen en la vida cotidiana desde la declaración de la pandemia de Covid-19 le otorgan especial relevancia a los enfoques etnográficos que buscan dar cuenta de las maneras en que las personas atraviesan, padecen o disfrutan, sobrellevan o sobreviven al problemático contexto actual. De todas formas, aceptamos que, como dice De Sousa Santos, este análisis esté condenado al fracaso y las categorías empleadas cerca de caer en el abismo.

Frente a este panorama, nos propusimos una exploración etnográfica con base en una serie de entrevistas cuyo objetivo es, fundamentalmente, dar cuenta del modo en que un grupo de mujeres adultas mayores se representan y vivencian las normativas sanitarias de aislamiento y distanciamiento social. El eje que recorre transversalmente nuestra investigación se vincula a la dimensión espacial de las relaciones sociales en articulación con ciertas concepciones sobre la experiencia de la vejez. Teniendo en cuenta que los grupos a los que más afecta la pandemia son aquellos que cargan con una vulnerabilidad previa (De Sousa Santos, 2020) al establecimiento de las medidas de Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (DNU 297/2020)<sup>1</sup>, consideramos que los grupos de adultos/as mayores<sup>2</sup> son los más afectados tanto por los efectos del virus como por la cuarentena.

Las entrevistas fueron realizadas en una institución geriátrica privada de la ciudad de Azul, en la Provincia de Buenos Aires. Más allá de las reservas iniciales a referirse a la institución, las entrevistadas afirmaron en reiteradas oportunidades que: “acá se nos trata muy bien”, “el lugar es muy bueno”. Nos referiremos a nuestras interlocutoras con los nombres de Beatriz, Aurora y Carmen. Tanto ellas como sus familiares llaman “Hogar” a la institución en la que viven. La principal vía de comunicación fue a través de las ventanas. Sólo Aurora poseía un teléfono; a través de ella nos pusimos en contacto con el resto. Sin embargo, la tarea no fue fácil, en algunos casos por la falta de manejo de teléfonos portátiles, en otros casos por problemas auditivos.

---

<sup>1</sup> Decreto de Necesidad y Urgencia, Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio, 297/20, 20 de marzo de 2020.

<sup>2</sup> En estas categorías incluimos a personas con más de ochenta años.

El hecho de que nos acercáramos a las ventanas para hablar no llamó la atención del personal pues desde el inicio de la cuarentena se ha convertido en la única forma de estar frente a ellas; desde entonces se ha vuelto una práctica corriente. Aunque se trata de una institución mixta, al momento de comenzar con la investigación todos los hombres, excepto uno, habían fallecido. Las personas que formaron parte de este trabajo y sus familiares dieron consentimiento para ser grabados/as. Es preciso aclarar que no establecimos contacto directo y formal con el personal de la institución ni con sus directivos.

El sociólogo alemán Norbert Elias (2009) escribe a los ochenta y cinco años, edad promedio de las mujeres que entrevistamos, *“El envejecimiento y la muerte: problemas sociológicos”*. Desde su propia vejez, Elias afirma que los individuos en las sociedades modernas no pueden “establecer una relación de empatía con las personas mayores en cuanto su experiencia de la vejez” (p. 47). Esta apatía y falta de identificación se deben, en primer lugar, a la incapacidad para imaginar los cambios corporales característicos de la vejez y, en segundo lugar, a la represión psíquica producto de la angustia que genera la idea de la muerte. Su “diagnóstico sociológico” consiste en afirmar que en las sociedades contemporáneas las personas que atraviesan el proceso de vejez se enfrentan a un progresivo aislamiento social y emocional:

La experiencia del envejecimiento de la gente no puede entenderse a menos que nos demos cuenta que el proceso de envejecer suele acarrear un cambio fundamental en la posición que una persona ocupa en la sociedad, y por tanto en el conjunto de sus relaciones con otras personas. (Elias, 2009:49)

Para llevar a cabo esta investigación deberemos desmontar las categorías y los imaginarios que impiden empatizar con esa alteridad que, en principio, nos resulta inaccesible. La “apatía” respecto del proceso de la vejez requiere de un ejercicio de descentramiento y reflexividad cuya intencionalidad resida en no proyectar las categorías socialmente instaladas y naturalizadas en las experiencias particulares de las mujeres institucionalizadas con las que trabajamos (Iuliano, 2019). Asimismo, resulta indispensable desarmar el andamiaje androcéntrico sobre el que se erige la propia mirada. En efecto, la búsqueda se resume en una apertura teórica sensible a las experiencias singulares de los actores sociales en las circunstancias concretas que atraviesan.

En la década de 1980, casi en simultáneo con la publicación del texto de Elias, crecía la influencia de los posicionamientos feministas en los estudios sociológicos y antropológicos vinculados a la gerontología. Este importante giro epistémico (González Torralbo y Lube Guizardi, 2020) da cuenta de las “vejeces” como una construcción sociocultural e histórica, heterogénea y diferencial, atravesada por las relaciones de poder propias del sistema patriarcal. Desde entonces los conceptos de género y edad son pilares conceptuales en los análisis de la gerontología crítica y la gerontología feminista. En ese sentido, nuestra intención es abordar ciertos aspectos de la producción de la vida social a partir de “desnormativizar, empirizar y pluralizar las categorías de vejez” (Iuliano, 2019:18).

Otro aspecto importante a destacar es la función y las características de las instituciones vinculadas a los cuidados de los/as adultos/as mayores. Michel

Foucault (2003) sostiene que los asilos de ancianos son aquellos espacios donde se margina a aquellos/as Otros/as que no tuvieron la amabilidad de morir de un infarto a las pocas semanas de haberse jubilado. Por otra parte, podemos incluir los establecimientos geriátricos dentro de la definición que Irving Goffman elabora sobre las “instituciones totales”:

Una institución total puede definirse como un lugar de residencia y trabajo, donde un gran número de individuos en igual situación, aislados de la sociedad por un periodo apreciable de tiempo, comparten en su encierro una rutina diaria, administrada formalmente. (Goffman, 2001:13)

La ironía foucaultiana parece acordar en que las residencias para adultos/as mayores son lugares de exclusión, segregación y abandono. Sin embargo, los establecimientos geriátricos de la provincia de Buenos Aires están sujetos a una estricta regulación (Ley 14.263, 2011)<sup>3</sup> que involucra a los familiares, autoridades y personal de las instituciones en la protección de la integridad física, psíquica y emocional de los/as residentes. Al respecto nos preguntamos: ¿son las instituciones geriátricas espacios de segregación y abandono y, al mismo tiempo, espacios de protección de la vida de los residentes? Siguiendo a Goffman (2001) consideramos que ambas definiciones pueden ser complementarias.

El establecimiento en el que viven Carmen, Aurora y Beatriz implementa un estricto protocolo para evitar la propagación de contagios: sólo puede ingresar personal médico, de enfermería, de limpieza y de cocina; se prohíbe cualquier tipo de contacto entre los residentes y personas ajenas a la institución; se suspenden las visitas; en el caso de que los/as residentes decidan salir quedan desvinculados de la institución; etc. Sin embargo, las medidas protocolares y las recurrentes inspecciones municipales no fueron suficientes para evitar un brote de contagios que afectó tanto a las/os residentes como a trabajadores/as. La situación obligó al relevo casi completo de la plantilla del personal. Lo que Aurora nos cuenta sobre su vivencia de la enfermedad ilustra la manera en que las otras dos mujeres también la percibieron:

Yo tuve fiebre, estuve cuatro días pero no sé si tuve o no tuve. No sé cuánto dura eso. Algunos también tuvieron fiebre, no sé si es corona virus eso y otros no alcanzaron a tener, bien no sé. Ayer falleció una viejita de 95 años. Desde que estoy yo acá murieron catorce, pero tienen mucha edad. En la semana murieron dos mujeres y un hombre, y anoche la viejita esta, toda gente muy grande. Aunque no le haya agarrado nada, es la edad también.

Según se informó a la prensa local, de un total de cuarenta hisopados veinticinco dieron positivo<sup>4</sup>. De acuerdo a lo narrado, las edades avanzadas y las dolencias influyeron en que no se pueda determinar los motivos precisos de los decesos. Los directivos informaron a familiares que muchos de los fallecimientos se debían a problemas de salud previos a la declaración de la pandemia, por lo tanto, aunque contrajeron el virus no murieron “por” Covid, sino “con” Covid. La situación se volvió dramática. Antes del comienzo de la cuarentena la institución albergaba a cuarenta residentes entre hombres y mujeres. Según nuestras informantes entre diez y catorce personas fallecieron en el transcurso de dos semanas. Todos los residentes masculinos murieron, excepto uno.

<sup>3</sup> Ley de regulación de funcionamiento de los establecimientos geriátricos de gestión pública o privada con o sin fines de lucro, 14263, 2011.

<sup>4</sup> Portal digital Noticias de Azul.com

La separación y el aislamiento de las/os adultas/os mayores en instituciones geriátricas las/os afecta social y emocionalmente al mismo tiempo que les provee de los cuidados y la atención permanente que requieren sus condiciones físicas y fisiológicas. Norbert Elias se detuvo en esta tensión: “quizás no sea del todo superfluo decir que el cuidado de los órganos de las personas se antepone al cuidado de las personas mismas” (Elias, 2009: 59). La paradoja que queremos resaltar se refiere a que el cuidado de los cuerpos de las personas conlleva un descuido de las personas en su dimensión social, emocional, subjetiva.

Si bien las instituciones geriátricas deben promover el contacto estrecho de los/as residentes con sus familiares, la pandemia hace de ese mismo contacto un peligro a la continuidad de la vida. Elias señala como un aspecto negativo de la sociedad contemporánea la incompreensión de la experiencia de la vejez y su consecuente separación de las redes de relaciones sociales previas. Sin embargo, el aislamiento social y el distanciamiento corporal se convierten en medidas sanitarias indispensables para la protección de los adultos/as mayores. Aunque en este caso no resultaron eficaces. Las visitas de los familiares que mitigaban la soledad y la tristeza de la separación se convierten en una amenaza directa a la vida. En otras palabras, el contexto hace que el aislamiento y la distancia sean una forma de solidaridad.

Nuestra hipótesis principal es que durante la cuarentena las tensiones derivadas de la paradoja entre aislamiento social y el distanciamiento corporal, por un lado, y la protección física, fisiológica y biológica, por el otro, se resuelven en la generación de espacios transicionales. A mitad de camino entre la pérdida de la autonomía por problemas físicos-fisiológicos y la solidaridad en el mantenimiento de vínculos estrechos, junto a la imposibilidad del contacto entre personas que habitan desde el comienzo de la cuarentena espacios mutuamente impenetrables, se generan las condiciones necesarias para la producción de espacios simbólicos donde se recrean los vínculos sociales que caracterizan las trayectorias biográficas singulares de mujeres adultas mayores institucionalizadas.

### **Construcción social de la vejez diferencial**

Desde la década de 1950 se vienen desarrollando estudios en gerontología que, a pesar de sus diferencias, tienden a construir un modelo occidental, universal y homogéneo de vejez. En dicho modelo, elaborado sobre la base de concepciones positivistas y determinismos biologizantes (González Torralbo y Lube Guizardi, 2020), la categoría “viejos” se asocia a ciertas representaciones socio-culturales históricamente construidas en torno a formas de concebir los cambios psicofísicos, la edad cronológica, los roles sociales, la moral y las conductas típicas.

Martínez, Morante y Remorini (2008) prefieren hablar de “vejeces” positivas y negativas, según la carga valorativa de la sociedad en la que se inscriban, y de “sujetos envejecientes”. Las autoras afirman que en las sociedades cazadoras-recolectoras los ancianos son integrados al grupo en tanto no signifiquen una amenaza a la existencia grupal. Las sociedades horticultoras, agrícolas y ganaderas, en cambio, son de “naturaleza gerontocrática” ya que los ancianos gozan de prestigio económico, político y religioso. Por su parte, en las sociedades industriales y posindustriales

los “viejos” constituyen un grupo aislado que recibe asistencia en tanto no amenace el bienestar general. El “modelo occidental de vejez” genera estereotipos negativos donde los “viejos” representan una carga social y se ubican en la condición de demandantes. Generalmente, los estudios sociales que elaboraban categorías en función de sociedades con organización social y cultural diferente ponen el foco en la vejez masculina.

La antropóloga Virginia Maquieira D’Angelo (2002) denuncia, desde la perspectiva de la gerontología crítica feminista, la mirada androcéntrica que ha invisibilizado a las mujeres mayores en los trabajos académicos, en las políticas públicas, en los programas de intervención, en los conceptos y categorías dominantes:

Esta invisibilidad es la consecuencia de diversos mecanismos de ocultamiento que tienen como base unas determinadas relaciones de poder en la construcción teórica, en los modelos que guían las investigaciones, en el lenguaje y en el imaginario colectivo que universaliza las actividades masculinas y sus modelos de comportamiento como representativos del conjunto de la especie humana distorsionando así la situación real de las mujeres y los procesos de desigualdad. (2002:19)

El cambio de perspectiva que empieza a gestarse desde la década de 1980 pone el foco en la desigualdad social entre el hombre y la mujer, en el carácter heterogéneo de los procesos de construcción identitarios, en la asignación subordinada de funciones, roles sociales y espacios (privado/reproductivo para mujeres, público/productivo para hombres), obligaciones, necesidades, deseos, comportamientos, etc. Este cambio de perspectiva ubica en el centro de los análisis sobre la vejez femenina al concepto de “género”:

Este concepto hace referencia a la construcción sociocultural de los comportamientos, actitudes y sentimientos de hombres y mujeres a través de complejos procesos institucionales, y estas pautas presentan una gran variabilidad entre sociedades y a lo largo del tiempo en una misma sociedad. Esto quiere decir que han sido creadas y recreadas por las estructuras y por los seres humanos y por tanto pueden ser cambiadas por la acción humana. (Maquieira D’Angelo, 2002: 20)

Anna Freixas Farré (1997) destaca el carácter diferencial del envejecimiento de hombres y mujeres y critica tanto la tendencia a la homogeneización de la experiencia de la vejez como las visiones negativas sobre el envejecimiento en gran parte de los estudios sociales. La autora aborda la vejez femenina teniendo en cuenta la complejidad y los dinamismos de la construcción social de la identidad y del género en relación con las dimensiones étnicas y de clase. Asimismo, da cuenta de la construcción sociocultural de la edad y sus etapas en tanto categorías cambiantes impregnadas de significaciones culturales que ordenan y clasifican la acción social, prescriben conductas, habilitan derechos e imponen obligaciones. En ese sentido, resulta interesante los contrastes que Teresa del Valle (2020) establece entre una: “edad cronológica” vinculada al calendario y la burocracia institucional, una “edad atribuida” socialmente y, finalmente, una “edad sentida” como categoría subjetiva y subversiva respecto de las imposiciones basadas en las asignaciones etarias.

En los estudios gerontológicos con perspectiva feminista resultan insoslayables los procesos de socialización de las mujeres; la construcción social del tiempo; la percepción del cuerpo, el devenir y la vejez; la crítica al modelo dominante de familia; el análisis de mecanismos de construcción de los espacios; los sistemas de valores condicionados por el dominio patriarcal; etc.

Durante el trabajo de campo etnográfico notamos que la categoría de “abuela” era utilizada por los familiares, el personal de la institución y por algunas de las entrevistadas haciéndolo extensivo incluso a mujeres sin hijos/as. Martínez, Morante y Remorini (2008) señalan el rol de “abuela” y su importancia en el ámbito doméstico de las sociedades industriales y posindustriales principalmente en la crianza y educación de los nietos. Sin embargo, la categoría de “abuela” en el contexto particular en el que trabajamos se presenta en apariencia como un “un rol vacío de roles” (San Román en Iuliano et al, 2020) o lo que Goffman (2001) denomina “despojo del rol”. Es decir, si las mujeres institucionalizadas desempeñan un rol en la familia y en el conjunto de la sociedad, es un rol muy distinto del que se les atribuye con el término “abuela”.

En la categoría de “abuela” encontramos proyecciones de lo que Blanca Valladares (1993) denomina “mitos de la maternidad” sobre subjetividades condicionadas por el discurso ideológico de ser madres, es decir, en la construcción social de la maternidad como esencia de lo femenino. En una ocasión nos referimos a una mujer con el término “señora”; ella se encargó de aclararnos que no es ninguna señora sino una “señorita”. La situación muestra un doble error: la designación en base a una edad atribuida y la aplicación de categorías sociales pre-reflexivas. En este simple ejemplo se pone de manifiesto la necesidad de problematizar a cada paso los presupuestos sobre los que se edifica la propia mirada.

## Distanciamiento y aislamiento

El aislamiento y el distanciamiento social son parte de una serie de medidas sanitarias que los gobiernos impulsan con el objetivo de controlar la propagación de contagios. Estas medidas han provocado una reorganización de los espacios públicos y privados, al mismo tiempo, han modificado las formas de las relaciones entre las personas por la necesidad de mantenerlas separadas.

Para el antropólogo Agustín Fuentes (2020) el “distanciamiento social” puede traer “consecuencias devastadoras” ya que produciría la pérdida de rituales y gestos que requieren proximidad física y que son fundamentales para la vida humana tal como la conocemos. Fuentes sostiene: “Cuando los seres humanos están aislados, ocurren cosas malas; aparecen depresiones fisiológicas y psicológicas, disminuye la función inmune, se producen dolores intestinales y dificultades cognitivas, entre otros efectos” (Fuentes, 2020: 1).

Para la antropóloga Laura Fontana Sierra (2020) en momentos difíciles como en la actualidad la “conciencia colectiva es activada”. A raíz de las medidas de inmovilidad, confinamiento y distanciamiento las relaciones sociales se están rearticulando de diversos modos. La autora afirma que es en las mismas prácticas sociales donde reside la posibilidad de superar los

efectos económicos, sociales y emocionales perjudiciales de la pandemia. Si bien el confinamiento y el aislamiento nos impiden “habitar” ciertos espacios, hacen posible habitar y rehabilitar nuevos y antiguos espacios de formas novedosas. Los actores sociales, dice Fontana Sierra, extienden su habitar y crean entre sí nuevos lazos de solidaridad para contrarrestar la sensación de agotamiento emocional que deviene del aislamiento y el distanciamiento.

Para Giorgio Agamben la pandemia es una “invención” que sirve de excusa para la extensión de un “estado de excepción” que busca coartar las libertades generando un estado de miedo y pánico colectivo. Sostiene que la comunicación entre personas a partir del desarrollo de la tecnología digital no basta para sobrellevar la situación. Al contrario Agamben afirma: “no creo que una comunidad basada en el `distanciamiento social` sea humana y políticamente vivible” (Agamben, 2020:29). Este autor considera que el distanciamiento social es más que una medida que culminará con el fin de la cuarentena. El distanciamiento social, dice Agamben, es el “nuevo principio de organización de la sociedad” (Agamben, 2020: 34-35).

El filósofo italiano Franco Berardi<sup>5</sup> considera que el aislamiento y el distanciamiento social generan una “atrofia emocional” que podría derivar en una “epidemia de depresión” o en un estado colectivo autista. Al tratar fenómenos tan complejos como los que estamos atravesando, concluye Berardi, debemos enfocar nuestra atención en los procesos de subjetivación puesto que para la superación de las dificultades que en la actualidad nos agobian “necesitamos una subjetivación solidaria, colectiva, feliz, para enfrentar los efectos del apocalipsis” (Berardi, 2020, minuto 14:10).

---

**5** Conferencia virtual organizada por el Programa de Estudios Latinoamericanos Contemporáneos y Comparados (PELCC) de la UNTREF, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y el Proyecto UBACyT Archivo y Diagrama de lo Viviente (Siglo XX).

### Organización del espacio: espacios sociófugos y espacios sociópetos

El frente de la institución geriátrica tiene aproximadamente sesenta metros de extensión. A lo largo y a lo ancho ocupa casi la mitad de una manzana. Las numerosas ventanas del frente están separadas de la calle por tres metros de jardín bellamente cuidado en el que se mezclan las plantas, los senderos y los asientos de madera. La mayoría de las ventanas corresponden al comedor en donde las/os residentes pasan la mayor parte del día. Sólo unas pocas habitaciones individuales poseen ventanas que dan a la calle. Las persianas se levantan cuando se reúnen para el desayuno y se bajan antes de la cena, entre las 19 y las 20 horas. La mayoría de los/as residentes requieren de ayuda tanto para levantarse como para acostarse. El comedor es el espacio comunitario más concurrido de la institución ya que además de espacio para la alimentación suele usarse como lugar de encuentro donde conversan y miran televisión. Las entrevistadas nos comentan que antes de la pandemia solían juntarse en el patio cuando el clima lo permitía. Debido a que allí suele circular gente ajena a la institución, no podrán disponer de él hasta que se levante la cuarentena.

Según nos describen Carmen, Beatriz y Aurora, las habitaciones son numerosas y amplias “tienen los techos altísimos”. Los pasillos anchos y largos conectan las habitaciones con los espacios comunes. Los baños son grandes, compartimentados y con adaptaciones en las paredes para quienes tienen dificultades motrices. La vida de cotidianidad durante la cuarentena discurre entre las habitaciones y el comedor.



Beatriz, a diferencia de las otras dos mujeres, tiene una habitación individual con baño propio<sup>6</sup>. Carmen y Aurora comparten habitaciones amplias donde hay cuatro camas pero no siempre hay cuatro personas. Beatriz es una mujer de noventa años que se mudó al Hogar poco antes del inicio de la pandemia. Al igual que Aurora y Carmen, el hecho de haber enviudado fue determinante para no seguir viviendo en su domicilio:

Hasta hace poco atendía el almacén que está en la calle... después enviudé y mis hijos me trajeron acá porque era mejor para mí. Son mis hijos del corazón, porque son los hijos de otro matrimonio de mi marido. Yo acá vivo en una pieza sola, que tiene baño y tiene televisor. Con todo esto mis hijos me dicen que no salga para nada de la pieza. Que me quede acá.

Aurora tiene ochenta y cinco años, es ama de casa y dedicó su vida a la crianza primero de sus hijos y luego de sus nietos. Ella misma nos cuenta sobre su llegada al hogar:

Yo estoy hace diez meses y terminé acá porque me caí y no podía ya estar sola porque papá había fallecido. Yo me caí el 11 y papá falleció el 13. Entonces no podía volver a la casa, me tenían que poner en algún lado. Buscaron por todos lados y encontraron este hogar que es muy bueno. Es grande, tiene como veinte piezas, baños, de todo.

Aurora es una de las personas que dio positivo al hisopado de coronavirus. Además de tener fiebre, padeció de fuertes dolores en el cuerpo. Durante varios días la mantuvieron aislada en una habitación con otras dos mujeres, ambas fallecieron. En ese tiempo de confinamiento (dentro del confinamiento) no salió de la cama, pero cuando empezó a sentir mejorías se le permitió asistir al comedor.

Carmen tiene ochenta y tres años y es la que más tiempo lleva viviendo en el Hogar: “en marzo se cumplen dos años ya”. Nos cuenta que luego de fallecer su esposo los problemas físicos le impidieron seguir viviendo sola: “yo no tengo hijos y por eso estoy acá”. Así nos cuenta como transitó la enfermedad:

A mí me agarró, tuve fiebre y me dolía todo el cuerpo, sentía como pinchazos. Todo lo que decían que te puede agarrar, a mí me agarró. Pero ahora gracias a Dios me recuperé. Yo no puedo caminar sola, por eso estaba acá en el comedor sola. Esperemos que todo esto pase y volvamos a estar en la normalidad.

Los trabajos del antropólogo norteamericano Edward T. Hall (1972) sobre “proxémica”, entendiéndolo por ella al conjunto de “las observaciones y teorías interrelacionadas del empleo que el hombre hace del espacio, que es una elaboración especializada de la cultura” (Hall, 1972: 6), resultan sumamente interesantes para explorar el contexto actual. Sin embargo, para esta investigación nos quedamos con una distinción que Hall recupera de otros investigadores y en la cual no se detiene demasiado. Se trata de la distinción entre “espacios sociópetos” y “espacios sociófugos”. Los espacios sociófugos serían aquellos espacios que están organizados de una determinada manera cuyo objetivo es separar y aislar a los individuos; mientras que los espacios

---

<sup>6</sup> El “Hogar” es una institución privada donde el costo de las habitaciones individuales es más elevado que el costo de las habitaciones comunes.

sociópetos se diseñan con la intención de favorecer las vinculaciones entre las personas

La vida cotidiana de los hombres, actores privilegiados del espacio público, y de las mujeres históricamente marginadas al espacio privado de la vida doméstica, transcurre entre los espacios sociópetos y los espacios sociófugos de la institución geriátrica. Las habitaciones son espacios sociófugos para el descanso, la atención y el aseo. Incluso en las habitaciones compartidas la distribución de las camas apunta a la separación entre las personas. La movilidad limitada sumada a los problemas auditivos y visuales aumenta el aislamiento obstaculizando la comunicación y haciendo difícil generar las distancias necesarias para que puedan comenzar y mantener un diálogo. Por otro lado, el espacio del comedor tiene una organización sociópeta ya que junta a los residentes/as para las cuatro comidas pero también porque a través de la distribución de las mesas y de las sillas favorece la conversación. Tanto el sector de diarios y revistas como la colocación de televisores en ambos extremos del salón posibilitan los agrupamientos. Algunas/os conversan, otras/os se mantienen en silencio, aunque permanecen cerca.

Cuando Aurora superó las dificultades que acarrea el virus, y luego de varios días apartada en una habitación, se sorprende de lo que encuentra en el comedor: “no sabés lo que era esto, no había nadie. Estaban todos encerrados en las piezas, me dio una tristeza”. Con diez meses en el Hogar, Aurora siente tristeza por la desolación que encuentra en el espacio que comparte con el resto de las/os residentes. Por su parte, Carmen anhela: “espero que todo esto pase y volver a la normalidad”. Con más tiempo en el Hogar que Beatriz y Aurora, Carmen siente que volver a la normalidad no es volver a su casa, sino retornar al espacio sociópeto del comedor. Tanto en un espacio sociófugo como en el sociópeto, las tres mujeres pierden la intimidad de sí mismas. Esta es una característica típica de las instituciones totales (Goffman 2001).

Viudas y con malestares físicos, se trata de mujeres que han perdido la autonomía para, como dice Aurora, “valerse por sí misma”. Los familiares que por distintos motivos no pueden garantizarles los cuidados necesarios se amparan en los que brinda la institución por una considerable remuneración. La renuncia, obligada o no, a los antiguos espacios conlleva una adaptación que siempre tiene las características de una sumisión a una nueva geometría espacial. Los espacios destinados a las visitas de familiares fueron inhabilitados desde el 19 de marzo del 2020.

### **A través de la ventana: espacios transicionales**

Cada vez que visitábamos el establecimiento nos encontrábamos con numerosas personas hablando a través de las ventanas. El 18 de octubre las familias azuleñas festejaron el día de la madre. En el jardín que separa la fachada del *Hogar* de la vereda se reunieron no menos de treinta personas de distintas familias que se distribuían a lo largo de las ventanas del comedor. El murmullo era intenso. La calle estaba de extremo a extremo colmada de autos, contra los árboles reposaban bicicletas y las motos estacionadas en la vereda dificultaban el transitar de los peatones. Cuando le preguntamos a Aurora sobre las visitas nos cuenta:

Tengo ocho nietos y cuatro bisnietos. Me vienen a visitar atrás del vidrio porque acá no se puede pasar. Mi nieta vive acá a la vuelta y siempre me trae al nene con la pelota y con el perro. Se pone a hacer payasadas y juega en el pastito. El día de mi cumpleaños vinieron, pero como a mí me había agarrado fiebre y me llevaron a otra pieza. Me trajeron una torta pero como ahí la ventana estaba siempre cerrada no pudimos festejar. Vaya a saber quien se comió esa torta. Ellos vienen siempre, yo no me siento sola.

Al principio nos pareció que la cantidad de personas que se juntó se debió a un particular festejo del día de la madre. Sin embargo, cuando visitamos el *Hogar* en distintas oportunidades nos encontramos con familiares junto a las ventanas. Mientras conversábamos con Beatriz se acerca un joven que golpea el vidrio y señala a una de las enfermeras que, cuando lo ve, lleva a una mujer en silla de ruedas y le acomoda la cabeza con una almohada. Ella lo mira sonriente y en silencio mientras el hijo le habla cariñosamente. Al poco tiempo llega un hombre que le explica con detalle a su madre lo que iba a preparar para el almuerzo. Podemos escuchar todas las conversaciones ya que los familiares se esfuerzan para que las mujeres al otro lado de la ventana escuchen. Una mujer carga un recién nacido, le toma la mano y se la acerca al vidrio, “esa es la nona” le dice mientras del otro lado “la nona” apoya su mano como queriendo apretar la del niño.

Los encuentros en la ventana como forma de encarar una nueva cotidianeidad en la que se construyen nuevas prácticas recurrentes junto a las reiteradas referencias a “la ventana” en el discurso de las entrevistadas, nos abrieron el camino hacia la problematización acerca de la forma en que estaban viviendo el distanciamiento y el aislamiento. Para abordar la problemática de una realidad que se impone construimos la hipótesis tentativa del “espacio transicional”. En efecto, se trata de un “tercer espacio” que media entre las objetivaciones sociales de la vida cotidiana y las subjetividades que buscan comprender los cambios. Pero también es espacio transicional entre un interior en el que las mujeres permanecen aisladas y el exterior al que no pueden acceder y que se constituye como el “entre” de las relaciones sociales interrumpidas por la cuarentena.

El psicólogo y pediatra Donald Winnicott (1993) define unos espacios particulares a los que denomina “espacios transicionales” o tercer espacio como zonas intermedias de la experiencia entre la realidad interior o subjetiva y la realidad exterior u objetiva. El espacio transicional es el espacio del “entre” donde los objetos son concretos pero también son símbolos. Se trata de espacios potenciales de pasaje entre la realidad subjetiva y la realidad objetiva que en los bebés se realiza en la instancia creativa del jugar. El movimiento que realizamos consiste en considerar que en estos espacios virtuales se ponen en juego las tensiones entre el aislamiento, la separación y la ausencia, junto a la solidaridad y la continuidad de las relaciones interpersonales construidas a lo largo de la vida de las mujeres con las que dialogamos. A diferencia de Winnicott, que concibe a los espacios transicionales como pasajes de llegada de los bebés a la vida social, los consideramos como espacios simbólicos a partir de los cuales se puede apreciar la alteración de las relaciones sociales producto del aislamiento social y emocional que caracteriza la vida de las personas adultas mayores y que se agudiza con la cuarentena.

Para Winnicott los espacios transicionales permiten el desarrollo de la capacidad de simbolización. Las imposiciones de la cuarentena generan las condiciones para la creación de un espacio virtual a partir de la capacidad humana de simbolización que no reconoce límites etarios. Por tal motivo sostenemos que los conceptos de Winnicott son aplicables para profundizar en esta problemática

El “entre” del espacio transicional es un espacio que separa el exterior del que están aisladas y el interior en el que están confinadas. En otros términos, adentro y afuera no serían espacios colindantes. Los confines del “afuera” no comienzan donde finaliza el perímetro del “adentro”. El “entre”, en tanto espacio transicional saturado de símbolos culturalmente establecidos, tiñe, por decirlo de alguna manera, las relaciones entre aquello que une y al mismo tiempo separa. Las relaciones entre ambos dominios se juega en la mediación del espacio simbólico intermedio del “entre”.

A pesar de que este “tercer espacio” es un espacio de simbolización no carece de concreitud. La ventana es a la vez el elemento material que separa a las mujeres del mundo exterior en donde habitan sus familias, pero también es símbolo del encuentro, del afecto, de la cercanía, de la recreación de los vínculos. La “ventana” que antes les permitía ver el mundo exterior, separándolas de él, cobra nueva significación ya que deja de ser límite e imposibilidad del encuentro y se transforma en posibilidad de unión con el mundo del cual han sido aisladas. La ventana resignificada deja de ser punto de ruptura entre un “interior” y un “exterior” para ser intersección, nexo y continuidad entre un espacio y otro. Desde el comienzo de la cuarentena la subjetividad de Aurora, Beatriz y Carmen y las objetivaciones de la vida social se ponen en juego en la mediación del espacio intersubjetivo de la ventana.

En cierta oportunidad Aurora nos narró que el día de su cumpleaños tuvo fiebre y otras dolencias. Sin embargo, no fueron los síntomas de coronavirus los que impidieron el festejo, sino que en la habitación “la ventana estaba siempre cerrada”. La persiana anulaba “la ventana” como símbolo de unión de los que están aislados de un lado y del otro, por ende, el encuentro no es posible. El espacio transicional simbolizado en la ventana no es ni el espacio sociópeto del comedor ni el espacio sociófugo de las galerías y de las habitaciones, sino el espacio imaginario y creativo de la presencia de los seres queridos.

En una oportunidad al preguntarle a Carmen acerca de quién venía a visitarla nos dijo que estaba sola, pero que a veces una sobrina le llevaba “alguna crema”. Le contamos sobre la cantidad de personas que habíamos visto el día de la madre y nos cuenta:

Acá siempre viene gente. Hay un muchacho que venía siempre y se quedaba toda la tarde. La mamá fue la que murió el otro día. Ella era tan viejita y estaba tan mal que ni le hablaba, ni lo miraba. Hay otra chica que viene siempre también. Acá esta la mamá que es muy jovencita pero está acá porque tiene una enfermedad muy grave, ella también viene siempre.

Tuvimos la oportunidad de conocer al hombre del que habla Carmen. Pacientemente acomodaba un banco en el jardín y esperaba a que un integrante del personal de enfermería llevara a su madre hasta la ventana. La mujer se encontraba en un estado senil avanzado y ni siquiera notaba (esto

es lo que nos pareció) la presencia de su hijo que durante horas la observaba a través de la ventana. El obligado distanciamiento corporal deja expuesto el abanico de los gestos, los signos y los símbolos. El menor movimiento de manos, los breves momentos en que las miradas se fijaban en un mismo canal, una palabra sin sentido (por presentarse sola) se convierte en señal a la que el hijo se aferra para conectarse con ella.

Beatriz nos explicó que no sale de la habitación porque los hijos le pidieron que no lo hiciera: “por suerte acá tengo una ventana que da a la calle así ellos me pueden venir a visitar y me traen a los nietos”. La recomendación de que no salga de la habitación parece no afectar tanto su situación siempre que se mantenga la posibilidad del contacto con ellos, es decir, la ventana que da a la calle y que recorta las distancias, interrumpe la separación y mitiga la angustia por la ausencia.

Los espacios transicionales no son homogéneos para Carmen, Beatriz y Aurora, aunque el objeto concreto, es decir la ventana, sea el mismo. Los espacios potenciales se convierten en creadores de sentido pero están codificados dentro de las trayectorias personales singulares de estas mujeres. Si bien pueden crear nuevas formas de relacionamiento, lo hacen dentro de parámetros culturales y esquemas sociales históricamente construidos que preservan los “elementos” (etnia, género, religión, ideología, etc.) que han servido, y lo siguen haciendo, de base para la construcción de sus propias identidades.

## Consideraciones finales

El intento del artículo fue dar cuenta de la producción de lo social a partir de las vejez clausuradas, fijadas en ideas y estereotipos, petrificadas desde el punto de vista de la producción simbólica y los dinamismos de los procesos identitarios. Para no proyectar las nociones de sentido común recurrimos a los aportes de la gerontología crítica y la gerontología feminista. A continuación elaboramos un recorrido sobre distintas conceptualizaciones respecto del aislamiento y el distanciamiento social en el contexto de pandemia. Consideramos que el ingreso a la institución geriátrica implica un corte con el pasado, con las relaciones sociales previas (Goffman 2001) y con la utilización de la espacialidad. Esta ruptura se acentúa con el inicio de la cuarentena. Pero este corte, que puede ser abrupto y total, en algunos casos es temporario y en cierto sentido parcial. De allí surgió la hipótesis de los espacios transicionales.

Las mujeres adultas mayores institucionalizadas viven en un “espacio absolutamente otro”. Foucault (2003) llama “heterotopología” a la ciencia que se ocupa de las “heterotopías”, es decir, de esos espacios “otros” tales como cárceles, hospitales y también establecimientos geriátricos. Aurora nos cuenta con nostalgia: “claro que extraño, y mi casa ni te cuento”; Carmen sabe que el *Hogar* es su lugar porque “afuera no tengo a nadie”. Beatriz es consciente de que su incapacidad física no le permitirá volver a su casa: “que voy a hacer sola si casi no puedo ni caminar”. La profundización en el concepto de espacios transicionales podría ser parte de esa heterotopología con la que “soñaba” Foucault.

Detrás de los significados socialmente aceptados encontramos una paradoja que intentamos desandar únicamente para dejarla abierta: desde

el aislamiento social y emocional en la vejez, definido Norbert Elias (2009), al reconocimiento de la necesidad de cuidados permanentes por parte de las mujeres institucionalizadas con las que conversamos. En otros términos, la preservación y prolongación de la vida implican una creciente retirada de la vida social. El distanciamiento y el aislamiento social como medida sanitaria para enfrentar a la pandemia acelera y pone al descubierto un distanciamiento y aislamiento social previo relacionado con sus estados físico, fisiológico. El ASPO separó aún más a estas mujeres de sus anteriores entornos y de sus seres queridos. Durante la cuarentena el aislamiento de los adultos mayores pierde su carácter negativo y se convierte en un acto de solidaridad que contribuye a la protección y el cuidado de la vida.

La heterotopía en la habitan estas mujeres no es un espacio cuadrulado, neutro, vacío (Foucault 2003). Durante la cuarentena se anula la posibilidad de salida, el “afuera” queda cancelado y también se suspenden las visitas con el objetivo de preservar el “adentro”. Aun así, muchas personas murieron. Lo que se pretendía era que el virus no entre, sin embargo, entró antes que las visitas.

Los días de Carmen, Aurora y Beatriz transcurren entre la geometría de los espacios sociófugos y los espacios sociópetos de la institución. El interior del hogar queda aislado del exterior y las distancias físicas con los familiares quedan demarcadas por los límites del edificio. La ventana es la apertura a un mundo que a partir de la cuarentena, y en muchos casos antes de ella, les está vedado. Pero la dialéctica del adentro y del afuera no representa para estas mujeres un “espacio en blanco”. La ventana como límite entre el adentro y el afuera y como imposibilidad del contacto se transforma en un “tercer espacio” que no es ni uno ni otro. El espacio transicional es el espacio simbólico en el que se vuelve posible el encuentro y la cercanía en lo que antes representaba la imposibilidad derivada del aislamiento y el distanciamiento. La ventana es un espacio simbólico transitorio ya que el levantamiento de la cuarentena posiblemente abra las puertas del *Hogar* a los familiares y las ventanas dejarán de ser el espacio en donde se recrea el contacto y el encuentro.

Las investigaciones sobre los “espacios absolutamente otros” en contexto de pandemia permiten hacer visibles mecanismos sociales y también estrategias individuales y colectivas para hacer frente a los avatares de las circunstancias. Hemos partido de un enfoque etnográfico para dar cuenta de cómo un grupo de mujeres adultas mayores viven, sienten y piensan la cuarentena. Sin embargo, es preciso resaltar que la mayoría de las personas que viven en el *Hogar* no recibe visita alguna. En el transcurso del trabajo de campo no han mirado ni una sola vez hacia y a través de la ventana.

Distanciadas del propio cuerpo dolorido a cargo del personal de atención y cuidados, distanciadas de los cuerpos ajenos por la cuarentena y viviendo en una institución geriátrica cuya cuota mensual triplica la jubilación mínima, transcurre la vida cotidiana de estas mujeres. La falta de autonomía y el aislamiento señalan el crepúsculo de las relaciones sociales que decrecen unas veces en cantidad, otras veces en intensidad, frecuentemente en ambas. El viejo Norbert Elias nos recuerda que la idea de que, a fin de cuentas, todos/as morimos solos/as no es universal y su origen histórico no es demasiado lejano. La preservación de los órganos de la persona conlleva una despersonalización de los órganos: cuerpos sin persona. Hasta allí hemos forzado la fórmula de Elias para recorrer el camino hacia las vejeces

y una de de las múltiples formas de transitar la cuarentena. La pandemia nos asedia con preguntas sobre una ética de la alteridad imperante. Lo poco que podamos llegar a pensar, escribir y hacer al respecto es mucho más fructífero que la negación, el olvido o la resignación.

---

## Bibliografía:

AGAMBEN, GIORGIO (2020). *¿En qué punto estamos?* La epidemia como política. Buenos Aires: Artillería inmanente.

BERARDI, FRANCO (2020). *Respiración umbral: virus y literatura*. En Programa de estudios latinoamericanos contemporáneos y comparados. Buenos Aires, <https://www.untref.edu.ar/instituto/pelcc-programa-de-estudios-latinoamericanos-contemporaneos-y-comparados>

DE SOUSA SANTOS, BOAVENTURA (2020). *La cruel pedagogía del virus*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. CLACSO.

Decreto de Necesidad y Urgencia, Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio, 297/20, 20 de marzo de 2020. Disponible en: <https://www.boletinoficial.gob.ar/detalleAviso/primera/227042/20200320>

DEL VALLE, TERESA (2002). Contrastes en la Percepción de la Edad. En: Virginia Maquieira D'Angelo (Comp.), *Mujeres mayores en el siglo XXI*. De la invisibilidad al protagonismo (pp. 43-59).

ELIAS, NORBERT (2009). *La soledad de los moribundos*. México. Centzontle, FCE. Tercera edición.

FONTANA SIERRA, LAURA. (2020). *Pandemia y rearticulación de las relaciones sociales*. Periferia, revista de recerca i formació en antropologia, 25(2), 101-114, <https://doi.org/10.5565/rev/periferia.770>

DEL VALLE, TERESA (2002). Contrastes en la Percepción de la Edad. En: Virginia Maquieira D'Angelo (Comp.), *Mujeres mayores en el siglo XXI*. De la invisibilidad al protagonismo (pp. 43-59).

ELIAS, NORBERT (2009). *La soledad de los moribundos*. México. Centzontle, FCE. Tercera edición.

FONTANA SIERRA, LAURA. (2020). *Pandemia y rearticulación de las relaciones sociales*. Periferia, revista de recerca i formació en antropologia, 25(2), 101-114, <https://doi.org/10.5565/rev/periferia.770>

FOUCAULT, MICHEL (2003). *Foucault por sí mismo*. Videoteca de humanidades. <https://www.youtube.com/watch?v=mUAapKqgBkc>

FREIXAS FARRÉ, ANNA (1997). «Envejecimiento y género: otras perspectivas necesarias». Anuario de psicología / The UB Journal of psychology. Núm. 73, p. 31-42, <https://raco.cat/index.php/AnuarioPsicologia/article/view/61351>

FUENTES, AGUSTÍN (25 de marzo de 2020). *El fin del apretón de manos*. El País. Recuperado en: [https://elpais.com/cultura/2020/03/25/babelia/1585148542\\_239017.html](https://elpais.com/cultura/2020/03/25/babelia/1585148542_239017.html)

GOFFMAN, IRVING (2001). *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrurtu editores. Séptima edición en castellano.

HALL EDWARD T. (1972). *La Dimensión Oculta*. Buenos Aires: Siglo XXI editores. Vigésima primera edición en español.

IULIANO, RODOLFO (Comp.) (2019). *Vejez y envejecimiento. Aportes para la investigación y la intervención con adultos mayores desde las ciencias sociales, la psicología y la educación*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Andamios; 6. Serie Perspectivas). Recuperado de <https://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/152>

MAQUEIRA D` ANGELO, VIRGINIA, Comp. (2002). *Mujeres mayores en el siglo XXI. De la invisibilidad al protagonismo*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

MARTÍNEZ, MARÍA ROSA, MORGANTE, M.G. y REMORINI, C. (2008). “¿Por qué los viejos? Reflexiones desde una Etnografía de la Vejez”. *Revista Argentina de Sociología*, (6-10) 69-90.

Ley de regulación de funcionamiento de los establecimientos geriátricos de gestión pública o privada con o sin fines de lucro, 14263, 2011. Disponible en: [https://www.mpba.gov.ar/files/documents/Ley\\_14.263\\_Geriaticos.pdf](https://www.mpba.gov.ar/files/documents/Ley_14.263_Geriaticos.pdf)

TORRALBO, HERMINIA GONZÁLVEZ; GUIZARDI, MENARA LUBE (2020). “As mulheres e o envelhecimento na pesquisa social (1950-2018)”. *Revista Estudos Feministas*, Florianópolis, v. 28, n. 1.

VALLADARES, BLANCA (1993). *Revisión teórica sobre los mitos de la maternidad*. Ponencia presentada en el quinto Congreso Internacional e Interdisciplinario de la Mujer: Universidad de Costa Rica.

WINNICOTT, DONALD W. (1993). *Realidad y Juego*. Barcelona. Gedisa.